

nos ejercicios religiosos en honor de María; pero llevamos al templo toda la vanidad del siglo, las modas destructoras de nuestra antigua compostura, y algunas veces hasta el desacato y el impudor. No hay armonía entre nuestras creencias y nuestras obras, y por consiguiente, no podemos gloriarnos de corresponder como hijos al amor de tan santa Madre.

Por eso, amados míos, la impiedad se muestra tan audaz en ir poniendo una zapa al edificio del Catolicismo; hemos introducido entre nosotros el lujo del paganismo, nos hemos afeminado, nos hemos enervado entre los mullidos almohadones de una sensualidad asiática, y sin que nos cueste mucho esfuerzo, hemos pasado insensiblemente del sensualismo á la indiferencia, de ésta al abandono de las santas tradiciones, y de aquí irá precipitándose poco á poco la sociedad en el vertiginoso seno de la incredulidad. Para evitar tamaña desventura, volvamos nuestras miradas á nuestra Madre, imitemos sus virtudes; y en el retroceso al antiguo modo de vivir, que fuera austero, severo y cristiano, entreveremos el triunfo de la verdad, la derrota de la mentira, y se nos presentará en lontananza aquella feliz mansion desde donde María manda con imperio á los espíritus malos para que no nos dañen, envía sus ángeles para que nos favorezcan, y dice á su Hijo, más eficazmente que Esther á Asuero, que la conceda la gracia para su pueblo, objeto de su amor, en el tiempo y en la eternidad, que os deseo. Amen.

SERMON PANEGÍRICO

SOBRE EL

CONOCIMIENTO DE DIOS POR MEDIO DE MARÍA.

*Dominus ascendet super nubem levem
et ingredetur Ægyptum. Et cognoscetur
Dominus in Ægypto.*

El Señor subirá sobre una nube lijera,
y entrará en Egipto. Y conocido será el
Señor en Egipto.

(Isai., cap. xix, vers. 1 et 21.)

Hay un nombre que no puede articularse sin que sea como una armonía de dorada arpa, que, hendiendo súbitamente el espacio silencioso, produce en quien la oye de improviso una especie de éxtasis que eleva el alma á la region de lo bello y sublime de la creacion. Este nombre es María; María, la depurada emanacion de la Omnipotencia de Dios, el resúmen y compendio de todas las bellezas morales, el lienzo donde pinceló la sabiduría eterna todos los rasgos que hermosean el compuesto de la materia y del espíritu, y en cuyo conjunto resplandece un mundo entero, más perfecto que el mundo de las inteligencias angélicas; María, el centro de donde parten todas las obras divinas, como del disco solar salen todas las madejas de su luz; María, el gran quicial sobre que se mueve y gira la máquina de la regeneracion del hombre; María, ¡ah! la ligera nube que sirve de carroza al Rey inmortal de los siglos, para salir como la aurora entre rosadas nubes, alegrar al mundo, animar la naturaleza, y darse á conocer á los mortales.

Cuando el corazon, aridecido por el ardoroso vendaval de la culpa, se siente marchito y lánguido, sin atreverse á despedir siquiera un ¡ay! consolador que le haga entrever en lontananza la justicia y santidad, pronuncia este nombre, y es una esencia aromática que fortalece, un rocío vivificante que regenera, y una luz que con sus fulgores suaves y continuados disipa las tinieblas. Cuando el alma pura y amante de la verdad infinita lanza una aspiracion que como saeta despedida va subiendo por los espacios azulados hasta tocar al corazon divino, primero se empapa en el suave bálsamo de este nombre, y llega al cielo tan sin mancilla como los espíritus. ¡Oh qué grande es este nombre! ¡Cuánta su influencia en los corazones!

El mundo era, por decirlo así, un niño fajado entre los pañales de su existencia, y ya resuena el eco de este nombre, pronunciado por el Supremo Hacedor, que lo presenta como la esperanza para unas criaturas y el terror para otras. Es para éstas un nombre misterioso, cuya total extension no pueden medir, porque es este un secreto de la sabiduría increada; pero si el nombre permanece encubierto, su oficio queda declarado. Es la serpiente de la serpiente antigua, la madre de una santa semilla que ha de triunfar de ese mónstruo, cuya cabeza estrellará Ella con su esforzado calcañar. Ella y su descendencia no tendrán sino un pensamiento y una sola aspiracion, que será la derrota de la mentira y el triunfo de la verdad, para que el Dios despreciado por el pecado sea conocido y amado de cuantos seres racionales haya en la tierra.

Esta Mujer es mirada con respeto aún por los sectarios de la sensualidad islamita, es reputada por grande hasta por los que la han querido negar sus celestiales prerogativas, es venerada aún por los que en asuntos de interés religioso se muestran indiferentes, es preconizada

por los sabios más aventajados del linaje humano, es querida tiernamente por las almas inocentes, y es honrada con culto especial por la Iglesia; fué celebrada en tiempos remotos con sublimes poesías; la vieron entre mil preciosas semejanzas los Profetas, y ni les bastaban las rosas y clavellinas de los valles para representar su fragancia, ni para describir su belleza eran suficientes las palmeras del desierto, los cedros del Líbano, los jardines de Engaddi, las fuentes de oro brotando aguas cristalinas, ni las torres de marfil, ni las ciudades de pórfito compuestas de esmeralda. Nada de esto llenaba los sentimientos é ideas sublimes que tenían sobre Ella, y se remontaban hasta los cielos para delinear su hermosura en la argentada luna, y describir su preciosidad en los resplandores del sol, y comparar su fortaleza con los aguerridos escuadrones de la milicia más ordenada, que es la celestial.

En vista de tanta riqueza de figuras como desplegó siempre la ciencia inspirada, al formar nada más que el boceto de Aquella á quien, en los dias de la revelacion manifiesta de Dios á los hombres, viera San Juan vestida del sol, coronada de estrellas y ejerciendo dominio sobre todo sér sublunar, ¿no surge naturalmente en nuestro espíritu un pensamiento sublime sobre el destino que la Providencia reservaba á María? ¡Ah! Lo habia dicho con bastante expresion el profeta Isaías, anunciando que Dios subiria á una ligera nube, y entraria en Egipto, y que entónces el Señor sería conocido por los egipcios: María era esta nube diáfana y ligera, en la cual pondria su asiento Dios, para que los egipcios, al observar la nube, descubriesen en ella al Dios que no conocieran.

Bien claro aparece, pues, el oficio de María entre los hombres: ser Ella el medio para conocer á Dios, tanto en su naturaleza como en sus personas: hé aquí por qué la desean los Patriarcas, la celebran los vates, suspiran por

Ella las naciones, y áun la acatan como una cosa celestial hasta los pueblos que no la conocen perfectamente. Hirieron á la humanidad despues de la culpa primitiva, fué la ignorancia; lo que en épocas más tardías aconteciera en la region del Nilo, no es más que un trasunto del estado de toda la humanidad despues de la prevaricacion de su primer padre; se envolvió el hombre en un denso manto de tinieblas, que no le dejaron ver la verdad revelada, y desconociendo al Dios que le está manifestando su existencia en cuantos objetos pueblan los cielos y la tierra, inventaron falsas divinidades, á quienes rendian el culto debido al Númen celestial.

Pero Dios, que en su amor habia elevado al hombre en su creacion, adornando su alma de sus dones para que lo conociese y lo amase, determinó, al verlo degradado de su primitiva dignidad, proporcionarle el medio, de que tenía que resultar la disipacion de las tinieblas y la diffusion de una luz tan copiosa, que con sus suavísimos resplandores iluminase á cuantos la vieses. Subirá, pues, Dios sobre una ligera nube, y como un triunfador que al recorrer las provincias dominadas se anuncia ántes con la clemencia y las donaciones, y depone todo el brillo y aparato exterior para no causar espanto á los débiles y ganarse el corazon de todos, se pasearia por todos los pueblos del mundo, diciéndoles que su mision era de paz y de amor.

Esta nube trasparente y ligera que sirve de carroza al Dios que nos visita, es María, en quien no podemos ménos de reconocer el medio por donde sube la humanidad al conocimiento de Dios; no es una nube tenebrosa que, llevada con fragor en alas de los huracanes, despide fuego y arroja rayos y pedriscos que aterrorizan, ni un conjunto de nubarrones que como burda manta oculta la vista del astro meridiano, sino una nubecilla que, dilatándose con el ligero soplo de los céfiros, derrama sobre la natu-

raleza un rocío fecundador, ó aglomerándose con pausa entre mil colores de nácar y arrebol, da al viajero una luz apacible y consoladora, cubriéndolo para que las centellantes ráfagas del sol no hieran sus pupilas. Ved, señores, lo que es María, y vamos á examinar su altísima mision, para que no despreciemos un medio tan adecuado y tan dulce como Dios nos presenta para que le conozcamos. Saludémosla ántes con el ángel:

AVE MARÍA.

Quando dos naturalezas distan entre sí por grados infinitos, no es posible que la limitada se aproxime á la infinita, si ésta no proporciona á aquélla los medios conducentes á la union. Sin estos auxilios, todos los esfuerzos serán inútiles para la naturaleza inferior, que jamás puede salvar un espacio inmenso. En esta situacion se encuentra el ángel respecto á Dios, pues, á pesar de su espiritualidad, si Dios no se le manifestára y auxiliára la debilidad inherente á la criatura, nunca tendria suficiencia para conocer con perfeccion la naturaleza divina y sus atributos, que, siendo eternos é infinitos, no pueden entrar en la esfera de una comprension que reconoce límites. Aun así elevada la naturaleza angélica á la contemplacion intuitiva de la esencia de Dios, ¿creemos acaso que los ángeles la comprenden? La comprenden, en verdad, pero no en la inmensa latitud de su esencia, sino segun la capacidad de que ellos son susceptibles; es grande ésta, es incalculable; pero dista infinitamente de la naturaleza divina; sólo Dios se comprende á sí mismo y se ve tal como Él es; porque su vista es como su forma, simplicísima, infinita, eterna.

La dificultad de ver á Dios y de conocerlo crece de una manera prodigiosa tan pronto como nos trasladamos de la naturaleza puramente espiritual á la humana, com-

puesta de sustancia material y de alma racional. Dios, en verdad, se nos presenta por todas partes, pero no vemos sino sus huellas; entre las turbas de los astros se oye un eco celestial que publica su gloria, y la sucesion de los dias está demostrando la permanencia y estabilidad de un Sér infinito que los dirige; entre las variadas flores se descubre su belleza; y hasta los gusanos que se embozan en sus capullos, y los insectos alados que con tanta delicadeza y simetría labran su blanca morada, depositando en ella el meloso néctar, dicen á nuestra alma que existe una Sabiduría eterna que enseña á todo viviente lo que Ella no ha aprendido de nadie. El bramido de los aquilones y el furor del vendaval, el suave aliento de las brisas y el murmurio de los riachuelos, los saltos del cordero y los arrullos de las aves, el rugido de las fieras y el melodioso cantar de los ruiseñores, todo nos está diciendo que hay un Dios. Pero por más que lo busquemos, no lo vemos como Él es en ninguna parte; pues, como afirma Isaías, es un Dios verdaderamente escondido (xlv), y segun Job: ¿Quién dará alcance á sus huellas? ¿Quién encontrará perfectamente al Todopoderoso? (Job, cap. xi, 7.)

Y ¿en qué consiste esto? En que nuestra alma, á pesar de ser espiritual, como obra en sus percepciones por medio de los sentidos, quisiera hacer sensibles aún á los séres que no están compuestos de partes divisibles: sabemos que hay ángeles que son espíritus inmateriales, y no podemos someterlos á nuestra comprension sino dándoles el contorno de un cuerpo juvenil lleno de belleza, con alas para volar, para demostrar su agilidad y su hermosura; sabemos la existencia de mil verdades metafísicas y especulativas, y comprendemos cuantos teoremas se nos presentan en las ciencias exactas, y nos vemos obligados á explicarlos por medio de guarismos materiales perceptibles á nuestra vista, y si ésta falta, á nuestro

tacto: con todo, la razon nos convence de que el ángel no tiene cuerpo, ni las verdades matemáticas son materiales. Discurrimos, por tanto, y nos afanamos en formarnos una idea de lo que es Dios; lo contemplamos más hermoso que los cielos, más refulgente que la luz, y despues de ahilar nuestro espíritu, nos vemos precisados á decir con San Agustin: «¡Dios no es lo que nos imaginamos, pues no cabe en nuestra inteligencia su esencia, ni puede nuestro espíritu medirlo.»

Nuestra alma, limitada como los espíritus angélicos por una parte, y por otra nuestros sentidos, que no tienen capacidad más que para conocer lo grosero de la materia, necesitan el auxilio sobrenatural para aquélla, y una trasformacion y renovacion para éstos. Así, cuando tengamos la dicha de ver á Dios cara á cara, ha de preceder á este nuevo estado de cosas un cambio esencial en nuestro cuerpo. «Es ahora corruptible, y entónces, dice el divino Pablo, será incorruptible; es innoble, y se levantará en gloria; se siembra en debilidad, y resucitará en virtud; desfallece el cuerpo animal, y aparecerá entónces espiritual (I Corint., cap. xv, 42, 43, 44), porque es necesario que esto que es corruptible se revista de la incorruptibilidad, y lo que es mortal adquiera la inmortalidad.» (Vers. 53.) Esta nueva naturaleza, esta regeneracion, como la llama el mismo Apóstol, por la cual suspira toda criatura, y mucho más nosotros que tenemos las primicias del espíritu (Rom., cap. viii, 23), es tan indispensable para nuestra alma, que sin ella no pudiera contemplar al espíritu increado.

Pero entre tanto llega aquel momento feliz, y mientras el hombre no puede ver á Dios sino en enigmas, y como por un prisma de mil transparencias, cuya fulgurante luz deslumbra sus débiles pupilas, ¿habria Dios elegido tan incompleta la obra más exquisita de sus manos, que no se diera á conocer al hombre, no sólo en

su naturaleza y atributos infinitos, sino en sus propiedades? ¡Ah! ¿Quién no alaba y bendice al Dios amoroso que esconde también bajo de un velo fabricado por Él mismo todos los resplandores de su esencia, para que el hombre la contemple aún agobiado como está en esta vida por la pesadez de los sentidos? Hay una distancia infinita entre Dios y nuestra alma, y se arrostra; hay un impedimento insuperable entre los sentidos corporales y el espíritu increado, y Dios prepara un medio de poner en contacto lo que aquellos no pudieran palpar. Este medio tan eficaz para conocer á Dios, es una criatura, es María.

Abstraigámonos por unos momentos del conocimiento que tenemos de la naturaleza divina, y examinado el estado de la humanidad sin tener en su seno á esta Hija que la ha ennoblecido, ó desaparece de ella la noticia de Dios, ó no se le conoce tal como es. La humanidad idólatra, la humanidad profesando el dogma de la unidad divina instruida por la razón natural y por la voz de un legislador inspirado, hé aquí el estado del mundo antiguo. Recorrerla en su primera fase es entrar en un horrendo laberinto de errores á que se precipitó el linaje humano olvidado de los preceptos que la razón eterna prescribe al hombre, y adoctrinado por sabios toscos y groseros que enseñaron á doblar la rodilla ante un pedazo de piedra pulimentada, bajo cuya figura, hija del capricho, pretendían representar el espíritu increado. Es lastimoso el cuadro de unas criaturas sin Criador, de un mundo ordenado sin ordenador, de seres conservados en su instinto y naturaleza sin providencia, pues el acaso lo había producido todo. Más triste es aún la idea de que el bien y el mal tuviesen dos principios, ambos eternos y con iguales fueros de divinidad; y es horrible el pensar que la ciencia humana viese la sustancia divina materializada en cuanto se objeta á los sentidos, haciendo á Dios

azul en los cielos, trasparente en los aires, cristalino en las aguas, diáfano en los vidrios, duro en las piedras, inmundo en las orduas, cruel en el asesino, sanguinario en el tigre, y perverso en el malvado. Tal era la idea verdaderamente horrible que se tuviera de Dios en las escuelas de la razón humana divorciada del sagrado consorcio de la Divinidad. No sólo no se reconocía su existencia, sino que, no pudiendo negarla, se le quitaba la espiritualidad, dándole la extensión, lo alto y lo profundo que constituye la esencia de la materia: bien pudo decirlo San Agustín, aludiendo á esta situación.

Pero fijemos nuestros pasos en un terreno más halagüeño: la razón humana, libre de los negros nubarrones del error, estudia la armonía de la creación en la brizna de yerba y en el cedro del desierto, y recorriendo la gran escala que media entre la chispa que sale de la colisión de dos piedras hasta esos globos de fuego que con majestuosa marcha recorren la bóveda del cielo y matizan la techumbre del mundo, no puede ménos de decir que hay Dios; ¿pero quién es este Dios? ¿Dónde habita? ¿Es un Sér aislado, que se place en habitar en las alturas? ¿Es un Sér abstraído y ensimismado, que no cuida de las criaturas, que ven sus pasos por todas partes, y aún sienten dentro de sí mismas una especie de soplo celestial, que no se parece á nada de lo visible, y representa en sus operaciones lo que no tiene ni puede dar la materia? ¿Vive acaso solo, sin haber engendrado algún hijo que sea el objeto de su ternura paternal, y que se le asimile en todo? Si tiene este hijo, ¿hay entre ellos algún vínculo que los estreche más íntimamente y los haga tan felices en su existencia como inseparables en sus operaciones? Nada de esto puede conocer la razón natural por sí misma, y ni aún puede ocurrírsele, por más que pretenda el racionalismo que se le ocurrió á uno de los hombres más aventajados en los estudios filosóficos.

Sin embargo, recorramos someramente las nociones de un pueblo privilegiado por su comunicacion con la naturaleza divina, á quien adoraba ofreciéndola sacrificios, y advertiremos que si conocia á Dios en su unidad, no pudo dar un solo paso más en un asunto tan interesante para el hombre. Acostumbrado á oír sus acentos entre el fuego y las detonaciones del Sinaí, á ver su poder desarrollado con horribles plagas en Egipto y con azotes en el desierto, y á sentir la presencia de su gloria entre nubes caliginosas, la idea que tenía de Dios era verdaderamente sublime, pero al mismo tiempo aterradora. ¿Quién se atreviera á hablarle cara á cara? ¿Quién osaba levantar hácia Él sus ojos sin morir de repente? Era, por tanto, un Dios escondido para el descendiente de Abraham, como lo era para el hijo de la ley natural. Vieran unos los vestigios de la Divinidad que desconocieron; oyeran otros la voz de este mismo Dios; pero no tenían valor para dirigir una mirada á su rostro, temerosos unas veces al ver los efectos de su justicia, deslumbrados otras por la refulgencia de la luz que despedía.

En el seno de esta nacion hay algunos hombres inspirados que conocen á Dios y reciben sus órdenes; oigamos á uno por todos. «¡Cuánta gloria rodea al trono de Dios! ¡Qué majestad y grandeza! ¡Qué fuerza la de su brazo! ¡Qué pavor el del mortal cuando los querubines de Isaías no se atreven á levantar sus ojos! «Señor, dice Abacuc, he oído tu voz, y temblé.» Saldrá Dios rodeado de esplendores, con gran pujanza de virtud en sus manos; delante de Él marchará la muerte, y el diablo caminará delante de sus piés. Echó una mirada, y disolvió las gentes, y se desmenuzaron los collados del mundo.

Tan pronto como vieron su marcha, se inclinaron los montes eternos. Armará su arco, cortará las fuentes, lloverán los volcanes, se secarán los rios; el abismo dió gri-

tos de terror, y las alturas levantaron al cielo sus manos. El sol y la luna estuvieron quietos en su tienda, y al fulgor de tus saetas marcharán tras tu relumbrante lanza. En tu bramido hollarás las naciones, y en tu furor las cubrirás de espanto y estupor. ¡Dios mio! Pues qué, ¿tus iras...?» Pero basta, Profeta santo; es demasiado el terror que tus palabras nos causan, y apenas osaremos levantar una mirada furtiva al Señor de tanta fortaleza. ¡Qué! ¿En algunos de tus éxtasis no has visto á una Mujer predestinada en los consejos de Dios á ser la aurora de la gracia, el iris de la paz y el medio con que se acerquen la grandeza infinita y la pequeñez del hombre? Esta Mujer vendrá al mundo, y la humanidad verá á Dios en sus brazos y hablará con Él, y lo conocerá, y lo tratará como á su hermano.

En efecto; tan pronto como María aparece en el mundo se descubre el velo que encubre la Divinidad, y es elevado el hombre, no sólo al conocimiento, sino al trato íntimo y familiar con Dios. El espíritu humano, que no puede comprender más que la existencia de la naturaleza divina con sus infinitas perfecciones, da un vuelo inmenso, que llega hasta el mismo santuario de Dios, y examina estas mismas perfecciones, y reconoce que no es un sér aislado sin relaciones, sino un Padre amoroso que engendra un Hijo tan eterno, tan omnipotente como Él mismo, y que de este Padre y de este Hijo, como de un mismo principio, procede el Espíritu Santo, quien ni es posterior en el tiempo ni inferior en la virtud. Y supuesto que nuestra alma no tiene toda su perfeccion, sino obra en sus percepciones por medio de los sentidos corporales, no sólo adquiere ella esta certeza infalible, sino que la trasmite también á los mismos sentidos, que ven á este Dios, que lo palpan, que oyen su voz, porque el Verbo eterno, el Hijo de Dios, se hace hombre, y vive con los hombres, y conversa con ellos, y les mani-